

Hacia una Distribución Equitativa del Ingreso

2011-2016

País



GERMÁN ALARCO TOSONI
Investigador de CENTRUM Católica

La creciente desigualdad en la distribución del ingreso es un problema económico serio, que se observa tanto en las economías desarrolladas como en las subdesarrolladas, tales como la peruana. Comprende tanto el nivel funcional como el personal, donde las remuneraciones pierden participación en el producto respecto de lo que ocurre con las ganancias y benefician a los sectores de más altos ingresos en desmedro de los que reciben menos. Esta reconcentración del ingreso impacta negativamente en los ámbitos económico, social y político. A nivel global, este factor explica parte del reducido dinamismo de la economía mundial.

Lamentablemente, el diagnóstico y las propuestas de solución a este problema permanecen fuera de las agendas de la mayoría de los partidos políticos.

Problema para todos

La preocupación por la desigualdad no es exclusiva de los economistas. El Papa Benedicto XVI (2009) señaló que la desigualdad es un problema tanto de los países ricos como de los pobres. El aumento sistémico de las desigualdades entre grupos sociales dentro de un mismo país y entre las poblaciones de los diferentes países no solo tiende a erosionar la cohesión social y pone en peligro la democracia, sino que influye de modo negativo en el plano económico por el progresivo desgaste del capital social, es decir, del conjunto de relaciones de confianza, fiabilidad y respeto de las normas, que son indispensables en toda convivencia civil.

En la misma dirección, el profesor Figueroa, de la Pontificia Universidad Católica del Perú (2010), señaló que existe un grado limitado de tolerancia social a la desigualdad. Cuando el grado de desigualdad supera los umbrales de tolerancia, esta desigualdad será considerada excesiva o injusta y generará desorden social: inestabilidad política, corrupción, violencia y otras formas de riesgo individual y colectivo. Los estudios empíricos han encontrado que países con mayor grado de desigualdad tienden a mostrar más altos grados de violencia y criminalidad, así como mayores niveles de inestabilidad política y democracias más débiles. No solo se trata de eliminar la pobreza. Hay que reducir la desigualdad, ya que las grandes diferencias en la posesión de activos e ingresos de la población, más dramáticas en nuestros países, tienen un efecto negativo sobre la calidad de vida por el menor orden social que las acompaña.



Impactos de la reconcentración del ingreso

Muchas personas consideran a la problemática de la distribución del ingreso como un tema estrictamente social. Nada más equivocado, ya que es fundamental tanto para determinar los niveles de consumo y de actividad económica (PBI), a través de las propensiones a consumir, como para contribuir a explicar el nivel de bienestar de las personas. A más desigualdad, mayor infelicidad. En la interpretación estructural del origen de la crisis económica internacional ha jugado un papel fundamental, y si esta no es atendida debidamente, la recuperación tendrá severos escollos.

Se distinguen dos modalidades analíticas principales para analizarla: funcional y personal, aunque también podría concebirse en términos geográficos, de edad, ocupación, nivel educativo, entre otros aspectos. La funcional atiende al rol en el proceso de producción: propietarios de los medios de producción, perceptores de remuneraciones (sueldos y salarios) e ingresos de los independientes. La personal generalmente divide a la población en grupos, por ejemplo, en grupos de 10%, de los más pobres a los más ricos.

La redistribución del ingreso de los más pobres a los más ricos (de los perceptores de sueldos y salarios a los propietarios, y de los perceptores de remuneraciones de más bajos ingresos a los de más altos) reduce la propensión a consumir de la sociedad. La reducción en la propensión a consumir disminuye los niveles de consumo y de demanda, manteniendo constante la inversión, gasto público y las exportaciones. Se incubaba el problema de demanda efectiva. La reconcentración del ingreso a favor de los más ricos abona a un menor crecimiento económico.

Entre 1980 y 2008, la participación de las remuneraciones respecto del PBI norteamericano se ha reducido del 60.1% al 55.7% (Bureau of Economic Analysis, 2009). Se trata de US\$ 700,000 millones menos. A nivel de los ingresos de las familias, el 40% de los más pobres tenían en 1980 una participación del 14.4% del total nacional, mientras que en 2008 recibían solo el 12%. Por el contrario, el 20% de las familias más ricas recibieron el 44.1% del ingreso nacional, y en 2008 tenían el 50% de este. La mediana de los ingresos familiares fue en 2008 de US\$ 50,303 anua-



les, mientras que el 10% de los más pobres recibió menos de US\$ 12,161 y el 10% más rico más de US\$ 138,300.

La desigualdad en EE. UU. es significativa, pero la peruana es mayor. A partir de los indicadores de desarrollo del Banco Mundial, con información al 2007, el PBI promedio peruano por hogar

(4.06 miembros) es de US\$ 13,840 anuales, con la posición 113 a nivel mundial. Estamos ligeramente por arriba de Tailandia y Jamaica. En 2010, estamos alrededor de los US\$ 20,000 por hogar. Sin embargo, el 10% de los hogares más pobres generó en 2007 un producto de apenas US\$ 2,076 anuales, a nivel de Mali (posición 183), y el 40% más pobre, US\$ 4,117, a nivel de Lesoto y Camerún. Las diferencias entre el 10% más rico y el 10% más pobre es en Perú 25.3 veces, y de 15.7 veces en EE. UU. Asimismo, la participación de las remuneraciones en el PBI norteamericano es 2.6 veces superior al equivalente peruano.

Propuestas de solución

Existe relativo consenso acerca de que el libre funcionamiento de los mercados y las fallas en la regulación gubernamental explicaron, en gran medida, la reciente crisis económica internacional. La mejora en la distribución del ingreso es un tema complejo, ya que no puede dejarse a manos del mercado. Detrás de la crisis se encuentran las tendencias del régimen capitalista y otros factores estructurales difíciles de revertir. A nivel del régimen capitalista, la única forma de contrarrestar el declive de la tasa de ganancia es elevando la composición orgánica de capital, que sustituye mano de obra por capital. Conforme a este proceder, la producción tiene un menor contenido de trabajo y, como contrapartida, mayores ganancias, que pueden generar crisis por insuficiencia de demanda efectiva cuando las expectativas sobre el futuro no son positivas.

Con estas tendencias inherentes al sistema capitalista, la redistribución, aun de activos e ingresos, puede ser revertida en el corto, mediano y largo plazo por la acción del mercado. Estas circunstancias obligan a que este asuma un rol activo con el propósito de mejorar la distribución,





reassignando activos e ingresos a través de mayor gasto e inversión pública, creando oportunidades especialmente para los menos favorecidos y velando por el mejor funcionamiento de los diferentes mercados. Se requiere elevar los ingresos públicos, reduciendo la brecha fiscal respecto de países de similar ingreso. Por ejemplo, en el caso peruano los ingresos tributarios de todos los niveles del Gobierno peruano son equivalentes a 15 puntos porcentuales del PBI, mientras que el promedio internacional es de 23.5 puntos porcentuales del producto. Por otra parte, es imprescindible una mayor eficacia y eficiencia de la acción estatal, en la medida en que los bolsones de exclusión y miseria son muy localizados.

No se va a realizar una lista pormenorizada de medidas por implementar,

pero es imprescindible multiplicar el gasto en educación, salud, alimentación, vivienda, agua, energía eléctrica para los estratos y grupos de menores ingresos. La inversión en infraestructura pública de acceso gratuito, de tipo vial, ferroviaria, lacustre, fluvial y de telecomunicaciones es esencial para crear nuevas oportunidades de ingreso y de negocios a estas comunidades y poblados marginados. Hay que incentivar la economía solidaria y otras formas asociativas en estas localidades para crear oportunidades que estén al alcance de los excluidos. Hay que promover la elevación de la dotación de capital y productividad de las mypes en estas áreas. Es clave alentar una economía más competitiva, evitando la concentración y prácticas no competitivas.

No hay que buscar fuentes extrañas para el financiamiento del

mayor gasto público y el programa redistributivo. Hay numerosas experiencias internacionales por aprovechar. Por ejemplo, destacaría elevar la progresividad en la tasa del impuesto a la renta y aplicar impuestos a la transferencia de empresas y activos domiciliados en el país, elevar el impuesto a las ganancias de capital en la Bolsa de Valores a estándares internacionales y aplicar mayores tasas de impuesto a la renta o el impuesto a las sobreganancias, u obtener mayores regalías de la minería y los hidrocarburos. La elevación de los impuestos selectivos a bienes de consumo importados es otra opción. Finalmente, podría ser razonable establecer un régimen de impuesto a las herencias de acuerdo a la práctica norteamericana. No hay que olvidar que J. M. Keynes, defensor del capitalismo, desde los años treinta propuso establecer mayores impuestos a los ingresos y a las herencias, de manera complementaria a la política fiscal y monetaria anticíclica. ■



Foto: maggyproducciones